

PLATICA XXXIV.

DOS FORTÍSIMAS RAZONES QUE CONVENCEN DE IRRACIONAL LA VERGÜENZA DE LOS QUE CALLAN ALGUN PECADO EN LA CONFESION.

A 28 de Mayo de 1698.

MUDA caras cuando muda colores la vergüenza; y tan distintas, que no tiene medio. O la mejor ó la peor; ó es la que defiende de las culpas en quien toma el mejor tinte de la honestidad y de la honra, ó es la que defiende y guarda á las culpas en quien se viste el color de la necesidad y de la ignorancia. Dos veces al dia le salen al cielo los colores al rostro: colorea á la mañana y colorea á la tarde; al nacer el sol y al ponerse; ¿pero con qué distintos arbores? A la mañana, tan bellos, que hermosean todo el cielo, haciendo alegre paso al dia. A la tarde, tan mustios, que por ellos empieza la triste lobreguez de la noche. Así pues se distinguen en la vergüenza los colores, dice el Espíritu Santo: (*Ec. 4.*) *Est confusio ad-*

ducens peccatum, et confusio adducens gloriam et gratiam. Hay una vergüenza que como el arbol de la mañana trae consigo el sol, el dia y la hermosura. Esa es aquella vergüenza que antes de cometer la culpa, la estorva, detiene y quita el que se cometa. Hay otra vergüenza, que como los colorados celajes de la tarde, sirviendo de manchas al cielo, empieza por ellos lo triste de la noche que los sigue con sus tinieblas. Esa es la vergüenza que despues de cometida la culpa, la esconde y la calla en la Confesion para dejarla sin remedio. ¡Oh, cuánta distancia vá de la honrosa vergüenza á la vergüenza ignominiosa! Cuanta vá desde donde nace el sol hasta donde se pone: cuanta hay del dia á la noche. La Confesion vergonzosa de las culpas es como el bello arbol de la mañana, que confesándolas acaba la noche de las culpas, y nos aparta y quita del alma esas negras sombras cuanto vá desde el Oriente hasta el Ocaso: *Quantum distat Ortus ab Occidente, longe fecit á nobis iniquitates nostras.* Pero la vergüenza para no confesar las culpas, es como los tristes colorados celajes de la tarde, que tapando las sombras de las culpas, introducen en el alma las tinieblas de una gran noche, en que las bestias mas fieras de todos los pecados se pasean en el corazon libres: *Posuisti tenebras, et facta est nox; in ipsa pertransibunt omnes bestie silvæ.*

Esta, pues, perniciosa y desventurada vergüenza, que tan del todo quita su remedio á las almas, es la que deseo convencer con seis evidentes y fortísimas razones en estas Pláticas, para que si alguno me oye (espero en la bondad de Dios que no habrá aquí ninguno) que haya callado alguno ó algunos pecados mortales, por vergüenza, en las con-

fesiones, logre ya el puerto único de su salvacion en una Confesion entera, desate ya el apretado nudo de su garganta, que tan miserablemente lo ahoga, rompa el cordel con que pendiente de la mano del demonio, lo está tirando para el infierno: *Solve vincula collis tui, captiva filia Sion.* Este es el escollo mas funesto de las almas, donde son innumerables las que ya en el mismo punto de la vida y de la salvacion, se pierden y se condenan. ¡Oh, maldita vergüenza, que pudiéndose quitar con tanta facilidad, con cuatro palabras de confesion, durará eternamente en el dolor, en el tormento y en la infamia, si ahora no se vence! Este es pues, almas, el lazo mas poderoso del demonio: *Ecce lupus,* dice San Agustin, (*tr. 46. Guttur ovis apprehendit.*) Hace el demonio lo que el lobo, que al punto que embiste á la oveja, lo primero que le oprime es la garganta, para que no dando balidos, ni la sientan, ni la socorran los perros ni los pastores. Así el demonio le cierra al pecador la garganta en la Confesion, y conseguido esto, no habiendo para el alma otro remedio, no le queda sino su condenación. Así la logra en innumerables. ¡Oh, qué condenaciones tan lastimosas! ¡Condenarse en el mismo Tribunal de la Misericordia y de la Gracia! ¡Por la misma puerta del cielo irse al infierno! ¡Perder la gloria por no decir cuatro palabras, y que el demonio haga su mayor triunfo de nuestro mismo remedio! Justa ponderación es esta de San Ambrosio: (*San Ambrosio l. 2. de Paenit. c. 11.*) *Remedium nostrum fit ipsi diabolo triumphus.* Que venza el demonio con sus armas, con sus trazas, con sus acometidas, con sus violencias, trabajo es; pero que con nuestras mismas armas, con que podíamos pisarlo, nos rinda? ¿qué con

nuestra mayor defensa nos coja? ¿que con nuestro mismo remedio nos condene? ¡imponderable desventura!

Ya pues: *Aut vincendum, aut moriendum,* les decía un famoso capitán á sus soldados. O vencer, ó morir. No hay medio. O vencer, diré yo; ó vencer en la Confesion la vergüenza para no callar ni un solo pecado mortal, ó morir sin remedio eternamente. ¡Oh, qué dos extremos: el uno tan fácil que en un instante se pasa el vencer la vergüenza confesando la culpa; y si ese no se escoge, el otro tan terrible, que por una eternidad no se ha de acabar el tormento! ¡Ah, si ahora les dieran así á escoger á los que por esto lo están padeciendo en el infierno: ¡ó vencer, ó morir! O vencer la vergüenza un instante confesando esa culpa, ó morir por una eternidad padeciendo inexplicables penas: *Aut vincendum, aut moriendum.* Bastaba solo acabar pensando esta verdad.

Pero ayudémosla todavía con la razon. Seis razones evidentes no le dejan salida á esta tan irracional vergüenza. La primera de parte de Dios; la segunda de parte del demonio; la tercera de parte del confesor; la cuarta de parte de la misma culpa; las dos últimas de parte del mismo que con tan perniciosa vergüenza malogra su dicha, y hace su veneno mortal de su mas saludable remedio. Por todas partes se halla esta vergüenza convencida. ¡Oh, y si así quedara de todas las almas desterrada! Veremos ahora las dos primeras.

De parte de Dios, pregunto: ¿Qué es lo que esconde? ¿qué es lo que calla? ¿qué es lo que oculta esta vergüenza? A tí, Señor, clama en sus Confesiones San Agustin: á tí Señor, á cuyos ojos está desnudo, está patente todo el abismo de la huma-

na conciencia: (*l. 10. conf. c. 10.*) *Quid occultam esse in me, etiam si nollem confiteri tibi?* ¿Qué podía yo tener oculto en mi corazón, que pueda quedar escondido á tus ojos aunque yo lo calle, aunque yo lo solape, aunque yo no lo quiera confesar? *Te mihi absconderem, non me tibi.* Lo que hiciera con eso, fuera no esconderme yo de tí, sino esconderte á tí de mí. Fuera privarme yo de verte para siempre, no privarte á tí de que conozcas hasta los mas ocultos pensamientos de mi corazón. Ahora pues, alma; si Dios está mirando ese pecado que tanto callas, si Dios lo ha de publicar á todo el mundo, ¿qué haces con callarlo? ¿Que la vergüenza de un instante que te costaría decirlo á un hombre solo, se convierta en que ese pecado que te parece tan vergonzoso, se diga á voces y se publique á todos los hombres que haya habido y habrá en el mundo? Luego mas vergüenza debes tener en callar ahora ese pecado al confesor, que en confesarlo. Argumento es del grande Agustino: (*Aug. l. 2. de Visit. inf. c. 4.*) *Melius est coram uno aliquantulum ruboris tolerare, quam in die iudicii coram tot millibus hominum gravi repulsa denotatum tabescere.* Dime, dime alma desdichada, ¿te parece mucha vergüenza decir á un sacerdote en una de esas sillas con tan sumo secreto ese pecado? ¿Te parece mucha? Dirás que sí. Pues dime, ¿cuánta mas vergüenza te causaría si ahora en esta publicidad, oyéndolo todos, y tú presente, se dijera á gritos ese tu pecado como lo tienes en el corazón? ¿Fulano, ó fulana, ha cometido esta culpa, ha hecho esta torpeza! ¿Sería mayor vergüenza esta que decirlo allí tú á solo un confesor? Ya se ve, cuánta mas. ¿Pues cuánto mas será cuando ese mismo pecado lo descubra y lo publique el mismo

Dios? *Tu fecisti occulté*, le dijo á David, (*2. Reg. c. 12.*) *ego autem faciam in conspectu omnis Israel, et in oculis Soli.* Ese adulterio que tú has ocultado tanto, yo lo pondré á vista de todo Israel tan claro como el sol. Cuánta mas vergüenza será, cuando juntas todas las naciones del mundo en el juicio, se publique eso que tú ahora tanto callas: (*Nahum. c. 3.*) *Revelabo pudenda tua in facie tua, et ostendam gentibus nuditatem tuam et regnis ignominiam tuam.* Y entónces el publicarlo con tanta deshonor, será para que seas sin remedio eternamente mofada de los demonios. Y ahora el confesarlo tú á solo un hombre, para que consiguiendo la gracia, seas eternamente honrada de los Angeles. ¡Oh, qué distincion!

¿Cuántas veces ha sucedido que una hija de familia, olvidada de su alma y de su honra, y una y otra perdida con la culpa, se sienta embarazada? Y al punto, ¿qué cuidados á ocultar su deshonor, qué diligencias, qué retiros! Porque ni se entienda, ni se sepa, vá callando: llega el parto, cógela sola y desprevenida, y se hace pública su deshonor cuando pierde la vida en el parto. ¡Oh, qué callar tan necio, que si se hubiera fiado de alguna persona segura, ni se publicara su deshonor, ni perdiera la vida; y por callar, perdiendo la vida, se hace público lo que calla! Pues eso les sucederá á los que callan pecados en la Confesion: *Colligata est iniquitas Ephraim, absconditum peccatum ejus, dolores parturientis vedient ei.* ¿Qué importa que ahora unos pocos dias se calle, si á la violencia de los mas terribles dolores, en el Tribunal de Dios se ha de publicar, perdiendo la honra, perdiendo el alma y perdiendo la salvacion.

Pero me dirán que tambien en el dia del Juicio

se han de publicar los pecados bien confesados. Así lo sienten algunos Santos Padres; pero esto será para mayor honra, para gloria mayor de los que habiéndolos cometido los confesaron. ¿Qué pierde ahora San Pablo con que de su boca sepamos que fué perseguidor de la Iglesia? ¿Qué pierde David con que ahora sea tan público su adulterio? ¿Y qué pierde San Agustín, con habernos dejado de su mano tan pública su *Confesion*? Gloria es infinita de Santos tan insignes.

La admirable Virgen Santa Gertrudis, (*S. Gertr. l. 4.*) en un día de Santa María Magdalena, vió á esta santísima pecadora vestida de una gala riquísima y hermosísima: advirtió que estaba toda ella bordada de unas piedras tan preciosas que parecían estrellas en su brillo; y fuele dicho que aquellas piedras tan bellas, eran los pecados que ella habia cometido, y de que habia hecho tan verdadera penitencia: esos le formaban ya tan bello adorno. Acá hemos visto ya en un día de gran fiesta pública, hacer un caballero un vestido de sayal tosco y vil; pero luego con repetidas cuchilladas mostraba el aforro de una tela riquísima y muy costosa. El vestido sobre ser de sayal, todo él acuchillado y roto, cierto es que fuera andrajo, aun en un pobre pordiosero; pero el aforro hace que sea gala de un Príncipe. Pues ese vestido acuchillado son las culpas; pero si se confiesan, la Confesion es el aforro; y esa gala será la con que podrán lucir aun los mayores Santos: *Confessionem, et decorem induisti; amictus lumine sicut vestimento.* Pero si el pecado se calla, entónces á los ojos de Dios y del mundo, será la vergüenza de este sayal roto y vil, eterno andrajo para el infierno.

La segunda razon contra esa perniciosa ver-

güenza está de parte del demonio. Ese pecado que tú ahora estás callando, que por no decirlo vés haciendo tantas Confesiones sacrílegas, ¿qué, tan oculto? ¿qué, tan escondido piensas que está por eso? Pues lo está mirando claramente tú mayor enemigo, lo sabe muy bien el demonio, y te lo tiene muy guardado, y te lo está jurando con gran risa. Yo lo diré, dice, yo lo gritaré, yo lo publicaré. Y así ha de ser sin duda cuando te veas en el Tribunal de Dios. Ahora pues, ¿qué vergüenza mas irracional que callar tú lo que sin remedio ha de gritar el demonio? Ese pecado se ha de acusar, no hay duda; acá en la Confesion, ó allá en el Tribunal de Dios: ó acá acusarlo tú para tu salvacion, ó allá que lo acuse el demonio para tu condenacion. Escoge ahora, y verás convencida de irracional tu vergüenza.

En la vida de San Norberto, refiere Surio, (*Surius in Vita 6. Jun.*) que conjurando este Santo Prelado á un endemoniado en la Iglesia, delante de un gran concurso del Clero y el pueblo, el demonio en aquella publicidad iba á cada uno diciendo á gritos todos los pecados que no habian confesado: de modo, que los pecados ya confesados los callaba, y ni una palabra decia de ellos; pero los no confesados, todos los decia á gritos; y por eso se salian corriendo de la Iglesia todos los que no tenían muy buena la conciencia, temblando de padecer la vergüenza por aquella publicidad. ¿Pero á donde podrás huir tú, cuando en presencia de Dios y de sus Angeles, grite el demonio acusando ese pecado que tú ahora tienes tan callado? ¿Cómo podrás libertarte de que éste tu fierísimo enemigo, lo diga, lo acuse y lo publique? Confesándolo tú mismo ahora, ese es el modo de darle un

tápaboca al demonio; eso es ponerle una eterna mordaza para que calle: *Qui seipsum accusat in peccatis suis*, dice San Agustin, (*serm. 66. de Tep.*) *hunc diabolus non habet iterum accusare in die iudicii.* Ahora pues, ¿qué es lo mayor que tienes que temer en aquel Tribunal de Dios, tan espantoso? La acusacion de tus culpas, esa ha de ser allí toda la materia del espanto y del horror. Pues si desde ahora puedes taparle la boca al demonio para que no tenga que acusarte, si lo puedes enmudecer, ¿cuánta es tú ventaja? Gánale por la mano. *Ne expectes te arguentem*, dice San Crisóstomo. (*hom. 62. in Genes.*) *ipsum præveni, et raptè sermonis principium, ut accusatoris linguam mutescere facias.* Pues si este taparle la boca al demonio ha de ser confesandó tú por tu boca las culpas, ¿qué mas irracional vergüenza que la que quitándote de las manos las armas de tu defensa, se las dá al enemigo para tu daño? Este admirable suceso acabará de convencer este argumento.

Vivió en Roma, refiere Vincencio Belvacense, de quien lo trae el *Espejo grande de Ejemplos*. (*Spec. v. Confessio, Ex. 7.*) un caballero muy principal y rico, casado con una señora tan virtuosa como noble, á quienes sobrando todo, solo les faltaba en un hijo el consuelo deseado de su matrimonio. Clamaron á Dios con oraciones y buenas obras. ¡Oh, si solo pidiéramos siempre á su Magestad, que nos dé lo que sabe que nos conviene! Ellos clamaron tanto, que les concedió un hijo, en cuyo nacimiento fueron excesivas las demostraciones de fiesta y de regocijo. Pusieron ambos en la criatura tan á porfía todo el amor, que el padre olvidado por eso, ó resfriado en el amor de Dios, descuidaba ya por el amor del hijo las atenciones

que antes tenia de su alma. Así pasó algun tiempo; hasta que vuelto en sí reparó su tibieza; y temeroso de mas daño, determinó dejarlo todo, retirándose á vivir en una soledad, muy lejos y muy apartada de Roma. Propúsolo á su muger, hubo dificultades; venció en fin, y habido de su muger el consentimiento, despidióse con muchas lágrimas. Y vean aquí á la madre sola, con solo el hijuelo, y con todo su amor en él reconcentrado. Eran las caricias continuas, el amor ya sin tino; no se apartaba el niño al dia de su regazo, ni en la noche de su cama. Creció así, y ya mancebo, viéndose en la madre el amor natural en amor torpe: ¡oh, Dios, la cercania, el ningun recato, la ocasion, el incendio! Llegó en fin, á que de su mismo hijo concibió la madre con horror de la misma naturaleza. Entretanto, oculta tan fiera abominacion: en lo exterior la honestidad de la casa, la modestia aparente, las limosnas y otras obras: era aquella matrona el ejemplo y admiracion de toda Roma. Pero con todo esto, ¿cuál estaba su alma! Llegó el caso de dar á luz aquella desdichada prenda, y no la dió sino á eternas sombras; porque incitada de la vergüenza, qual tigre fiera, apenas nació lo criatura, ahogándola entre sus manos, la arrojó en un albañal inmundo. ¡Oh, precipicio del pecado, que no páras hasta lo mas profundo! Así pasaba tan perdida, cuando apareció en Roma un hombre en traje de Letrado, (era el demonio) que introduciéndose en conversaciones y corrillos, fué ganando tal crédito en su saber, que todos lo seguian y veneraban. Descubria las cosas mas ocultas, los hurtos mas secretos; y con esto, no solo en el pueblo todo, sino en el Senado, se habia ganado toda la primera estimacion. Y ya cuando así acre-

ditado, un día juntó todo el Senado, y dijo que tenía una cosa de gravísima importancia que decir para bien de toda la República, que era gran misericordia de Dios no haberla destruido por un pecado que se cometía. Pidiéronle que lo dijera; y él al punto: Fulana, (nombrando aquella matrona) ha cometido este tan horrendo delito; y refiriólo todo desde su principio. Atónitos al oírlo: ¿cómo puede ser? decían todos. Una Señora tan noble, tan virtuosa, que toda Roma la admira, ¿cómo puede ser? Instaba y porfiaba el maldito acusador; y á su instancia hace venir al Senado aquella muger. Vino, y en presencia de todos hácenle el cargo, refiriéndole su delito todo. ¡Cuál quedaría al oír una cosa tan fea y tan horrible en aquella publicidad! Reportose y respondió discrita: que no era aquella materia para proponerse así, ni para satisfacer tan luego; que le diesen tiempo y señalasen día en que volvería á responder por sí: así lo concedieron. Salió de allí, ¡y cuál saldría su corazón! ¿Qué remedio para una tan pública infamia? Fuése al punto hecha un mar de lágrimas á buscar á un sacerdote llamado Lucio. Refirióle su desdicha. Alentóla cuanto pudo aquel con buenas razones; y la mejor y la mas eficaz, dijole que se confesara de todos sus pecados con dolor verdadero: que se encomendara á la Santísima Virgen, refugio y Madre de pecadores. Así lo hizo ella. Llegó el día señalado; confesose de todo cuanto había hecho; clamó á María Santísima, y fué al Senado. Ya estaban allí los jueces todos; el acusador muy puntual, innumerable pueblo que había acudido á la noticia. Puesta en medio la muger: dí ya, le dijo el presidente al acusador, dí todo lo que tienes de que acusar á esta muger. Y él no hacía sino mirar-

la; volverla á mirar con ademanes de admiracion. —Acaba ya, dí lo que tienes. —No es esta, dijo, la incestuosa, torpe é infanticida, á quien yo acusé, no es ésta; porque esta es una muger santa, hermosa entre las hijas de Jerusalem, y la guarda y defien- de María. Y al decir esto, deshaciéndose en humo, desapareció el demonio. Levantaron todos el grito, las aclamaciones y los aplausos de aquella muger, quedando desde allí mas aumentada su honra. Esta es la eficacia de una Confesion verdadera y entera. Y si á todos nos espera el Tribunal de Dios mas terrible, para enmudecer allí al demonio, venzamos ahora la vergüenza, para que confesando las culpas nos mude la gracia, de modo que, á pesar de nuestro acusador, logremos entónces la honra verdadera y la gloria.